

Una espiritualidad liberadora

Para una lectura latinoamericana de San Juan de la Cruz

Camilo Maccise, ocd

En los últimos veinte años hemos sido testigos de cambios rápidos y profundos en la sociedad y en la Iglesia. A una sorpresa sigue otra. Nos impacta sobre todo lo inesperado de los acontecimientos y la velocidad vertiginosa que imprimen a la vida de los individuos y de los pueblos en su evolución constante. Hasta hace poco nadie podía imaginar las transformaciones socio-económico-políticas y religiosas del Este europeo. Lo mismo sucedió en la Iglesia a partir del *aggiornamento* impulsado por el Vaticano II.

La Iglesia latinoamericana al abrirse a su realidad social experimentó unas exigencias de renovación que se cristalizaron en *Medellín* y *Puebla*. Una pastoral nueva, una teología peculiar y una espiritualidad como estilo de ser cristiano se han ido configurando y han comenzado a caracterizar a un buen número de creyentes en América Latina.

Hasta los años sesenta era impensable hablar de una espiritualidad latinoamericana. El paso gradual del monocentrismo al policentrismo religioso, cultural y teológico ha hecho posible ir dejando de ser en América latina consumidores "de espiritualidades, valiosas sin duda pero que corresponden a otras experiencias y a otras metas, porque (se) va forjando un camino propio para ser fiel al Señor y fiel a las vivencias de los más pobres".¹

Este nuevo estilo de vivir la vida cristiana está sellando de modo peculiar elementos, conceptos, realidades de la espiritualidad. Esos enfoques diferentes, a su vez, van condicionando el modo de ser cristiano. No se dan en estado puro en esta época de transición y cambio. Existen, al lado de ellos, otras dos perspectivas existenciales y teóricas que podríamos calificar como *tradicional* y *renovada*. Están vivas y presentes de muchas maneras en la existencia cristiana latinoamericana.

1 G. GUTIERREZ, «Beber en su propio pozo» (Lima, 1983), p.48.

Un dato relevante es que la espiritualidad latinoamericana en medio de su búsqueda, con fallas y limitaciones, ha ido redescubriendo *el valor y la actualidad de la experiencia espiritual de los místicos*.² Una relectura de ellos está haciendo posible unir la experiencia latinoamericana actual con la tradición espiritual de la Iglesia. De este modo se va también abriendo un camino para integrar el aspecto personal de la espiritualidad cristiana con las exigencias comunitarias y sociales del mensaje evangélico.

Desde este contexto de una espiritualidad latinoamericana en la que se subraya el carácter liberador de la fe en Cristo, intentaremos un acercamiento a la experiencia y a la doctrina de S. Juan de la Cruz. El, como los auténticos místicos que son el vértice de la conciencia cristiana, conserva la actualidad que da un camino de evangelio vivido en el esfuerzo de una respuesta de fidelidad humana enmarcada en la misericordia divina.

Espiritualidad latinoamericana emergente y espiritualidad sanjuanista

La nueva espiritualidad emergente en América Latina tiene como punto de partida la experiencia de Dios en un mundo de injusticia y opresión: la experiencia de un Dios que pregunta qué se ha hecho por la vida en esas situaciones de muerte. Todos los demás aspectos de la vida cristiana se caracterizan y expresan de manera diferente a partir de la experiencia de Dios en la historia y en la vida de los que sufren la miseria y la opresión. Esto hace que se viva la dimensión contemplativa de la oración en el compromiso de una evangelización liberadora y que el seguimiento de Jesús se realice en esa historia de dolor y de lágrimas, donde El aparece como liberador e invitando a continuar su obra de salvación liberadora. En los anhelos de esta salvación, que tienen los pobres, se descubre la presencia y la acción del Espíritu. El es quien suscita esas aspiraciones.³

Los cristianos viven desde esta nueva espiritualidad la esperanza en y desde la solidaridad con los pobres y van asumiendo las purificaciones de la fe y las exigencias ascéticas de abnegación evangélica como consecuencia de esa solidaridad. La dimensión comunitaria de la espiritualidad aparece allí

2 Cf. S. GALILEA, «El futuro de nuestro pasado» (Bogotá, CLAR, 1983). Otros autores de artículos y libros de espiritualidad recurren a San Juan de la Cruz para explicar especialmente los aspectos de noche y de purificación del momento eclesial y social latinoamericano.

3 Cf. Puebla 201

como una exigencia de comunión y participación en la Iglesia de los pobres -entendida como una Iglesia en la que ellos comienzan a ser sujetos activos-, que lleva a un ejercicio del amor cristiano con dimensión política en el sentido de compromiso en la transformación de las estructuras injustas que son la causa de tanto dolor y de muerte.

Esta espiritualidad latinoamericana, que acabamos de describir en sus líneas maestras, es una espiritualidad que subraya los aspectos liberadores de la persona y del mensaje de Jesús.

San Juan de la Cruz con su doctrina de la liberación del hombre que Cristo comienza a realizar a partir del Bautismo.⁴ Al transformarlo en hijo⁵ y darle un corazón libre, encaja en las perspectivas liberadoras de la espiritualidad latinoamericana. Le señala, además, la ruta liberadora que pasa por las noches y purificaciones.⁶ Estas van haciendo posible poco a poco que el hombre viva en sus relaciones con las cosas como señor; con los demás como hermano y con Dios como hijo.⁷

Con este telón de fondo nos acercaremos a algunos aspectos del camino liberador que traza San Juan de la Cruz. Su experiencia y su reflexión tienen validez y actualidad en el proceso de maduración de la nueva espiritualidad que va surgiendo en América Latina.

1. La experiencia de Dios como fuente de liberación y compromiso

En la espiritualidad latinoamericana que se ha ido consolidando en los últimos veinte años, se ha reforzado, en medio de crisis, la convicción de la importancia capital de hacer partir el compromiso cristiano de una profunda y auténtica experiencia del Dios de nuestro Señor Jesucristo en la historia colectiva y en la vida cotidiana y personal.⁸

4 Cf. C. 23,6. Las siglas que utilizaremos para las citas de los escritos de San Juan de la Cruz son las siguientes: C: Cántico Espiritual; D: Dichos de luz y amor; Ep: Epistolario; L: Llama de amor viva; N: Noche oscura (Precede el número del libro, y siguen capítulo y párrafo); S: Subida del Monte Carmelo (los números como en Noche). Seguimos la 4a. edición de «Vida y Obras de San Juan de la Cruz». Madrid, La Editorial Católica, 1960. (B.A.C., 15)

5 Cf. IS 4,6

6 Cf. IS 1,1.

7 Cf. Puebla, 322

8 G. GUTIERREZ, «La verdad os hará libres» (Lima, 1986) p. 80

Esta experiencia de Dios se abre paso entre las luces y las sombras del caminar humano en la fe. La oscuridad se concretiza en las dificultades de experimentar a Dios en las situaciones de injusticia y de muerte; en lo negativo de la historia y de las personas. También allí se encuentra un aspecto luminoso: por contraste y ausencia se experimenta al Dios que exige la justicia; al Dios de la vida que cuestiona e interpela las actitudes de los creyentes y los impulsa a un amor concreto y eficaz. “En la práctica, concretamente en el gesto hacia el prójimo, encontramos al Señor, pero al mismo tiempo este encuentro hace más profunda y auténtica nuestra solidaridad”.

La fe, principio y fundamento para una experiencia de Dios, lleva también a descubrir a Jesús presente y cercano en nuestra historia. Un Jesús liberador en el corazón de América Latina.⁹ El acercamiento a su persona se realiza a través de los evangelios y, especialmente, en el esfuerzo por continuar su obra de liberación integral. Esta experiencia luminosa tiene también su noche purificadora en el hecho de que un compromiso como el de Jesús trae consigo el compartir el destino de Jesús, el tener que atravesar, en una u otra forma, por el camino de cruz que El recorrió primero. El asesinato de los seis jesuitas en El Salvador ha hecho que se tome conciencia de los innumerables mártires anónimos que han muerto en América Latina como consecuencia de su compromiso evangélico en la liberación de sus hermanos.

La cruz del seguimiento de Jesús, asumida desde la experiencia de su presencia y de la fuerza de la revelación que en El, su Palabra, el Padre nos hace, cobra una fuerza liberadora. No se vive más en una línea espiritualista e individualista. La cruz se contempla desde la perspectiva de la resurrección y del empeño por llevar a la práctica el proyecto de Dios en comunión y solidaridad con los que sufren.

La experiencia de Dios que compromete con una “fe que actúa por medio del amor” (Gal 5,6) abre necesariamente a los caminos del Espíritu en los signos de los tiempos. En ellos se descubren las exigencias de Dios en el momento actual. Siempre en el claroscuro de la incertidumbre. Las mediaciones consideradas en sí mismas son ambiguas. Lo que las transforma en experiencia religiosa es la visión de fe con la que se entra en conexión con ellas. Somos seres en camino y vivimos nuestra búsqueda en un mundo que evoluciona y cambia. Por otro lado, Cristo, Palabra del Padre, no nos dió

9 Cf. Puebla, Mensaje, 9.

soluciones hechas para enfrentar los desafíos que se van sucediendo en la historia y en nuestra vida. El envió a nuestros corazones el Espíritu que nos conduce y nos va mostrando lo que agrada al Padre. Desde una fe oscura se trata de discernir las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos. A partir de ellos el Espíritu impulsa “a dar testimonio, a anunciar y a promover los valores evangélicos de la comunión y de la participación que tiene su origen en Dios Padre y de la fraternidad en Cristo Jesús”.¹⁰

La experiencia de la acción del Espíritu se transforma en luz cuando se contemplan los frutos que produce hoy en los cristianos de América Latina. En ellos se vuelven a hacer realidad los efectos que Pablo enumeraba como señales para discernir lo auténtico de una vida “en el Espíritu”: “amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí” (Gal 5,22) Este aspecto básico de la espiritualidad cristiana -que en América Latina está teniendo las características que hemos mencionado-, *encuentra en la experiencia y en la doctrina sanjuanistas enseñanza vitales y la orientación* de un místico que recorrió, encarnado en su realidad, el itinerario oscuro y luminoso de la fe. “San Juan de la Cruz nos recuerda que la unión con Dios es la plenitud de todos los valores y el paradigma de la vocación humana, pero que en nuestra condición histórica, esta experiencia de Dios se da al mismo tiempo como esfuerzo de liberación y como comunión plena y humanizante”.¹¹

Para el Doctor Místico, la fe nos da y comunica al mismo Dios, aunque cubierto con plata de fe, “y no por eso nos le deja de dar en la verdad, así como el que da un vaso plateado y él es de oro, no porque vaya cubierto de plata deja de dar el vaso de oro”.¹² Esta presencia y comunicación de Dios en el misterio incomprensible de su ser trae consigo la luz y el gozo de aceptar que El es “totalmente diverso”: “en aquel sentir siente tan alto de Dios, que entiende claro se queda todo por entender; y aquel entender y sentir ser tan inmensa la divinidad, que no se puede entender acabadamente, es un subido entender. Y así una de las grandes mercedes que en esta vida hace Dios a un alma por vía de paso es darle claramente a entender y sentir tan altamente de Dios, que entiende claro que no se puede entender ni sentir del todo”.¹³

10 Ib. 15

11 S. GALILEA, o.c., p.42

12 C 12,4

13 C 7,9.

San Juan de la Cruz insiste en que no hay que buscar tener la satisfacción de entender a Dios. Más bien hay que alegrarse de lo que no se entiende de El: "ama y deléitase en lo que no pueden entender y sentir de El... que eso es buscarle en fe".¹⁴ La fe y el amor son los pies con los cuales el hombre va a Dios.¹⁵ El santo presenta precisamente el dinamismo de la vida humana como una búsqueda de Dios en la fe, la esperanza y el amor. Al mismo tiempo pone de relieve el compromiso vital que se deriva de toda experiencia auténtica de Dios, al afirmar que cuanto más crecen la experiencia y el amor de Dios tanto más crece el amor concreto y eficaz al prójimo.¹⁶

Dios se manifiesta y nos cuestiona en la realidad, en la creación, en las personas. Allí se hace cercano. El camino teologal es el único que garantiza la autenticidad de la experiencia de Dios. Es un camino liberador que purifica del egoísmo por la acción del Espíritu.¹⁷ Es precisamente esta purificación del egoísmo la que hace posible la comunión de amor con Dios y la entrega solidaria a los hermanos. La noche oscura que transforma, purifica las imágenes e ideas que se tenían de Dios; hace ver de manera diferente a los demás, a uno mismo y a la realidad.¹⁸ La descripción que el santo hace de las noches ilumina las situaciones de muerte en las que en América Latina se experimenta la ausencia del dios de la vida.

La espiritualidad latinoamericana encuentra en el testimonio y en la doctrina del Santo de Fontiveros sobre la experiencia de Dios, sus características, su proceso de purificación y sus efectos, un camino para orientar y discernir desde el evangelio las experiencias cristianas en un continente creyente y oprimido.

El cristocentrismo sanjuanista cobra especial actualidad en el contexto de la experiencia del sentido y de las consecuencias del seguimiento del Jesús de la historia en la vida de los cristianos de América Latina. Es realmente sorprendente la novedad que conserva el magisterio de San Juan de la Cruz sobre este punto.

14 C 1,12

15 Cf. C 1,11

16 Cf. 3S 23,1

17 Cf. 2S cc. 4-10; 1N c.11

18 Cf. 1S 12,4-9

En una época de confusión doctrinal y de múltiples movimientos que van desde espiritualismos desencarnados hasta horizontalismos sin fe, resuenan los acentos de la autenticidad de una vida de seguimiento de Jesús, fiel a las exigencias evangélicas. Para San Juan de la Cruz Cristo es la Palabra definitiva del Padre.¹⁹ A El hay que atender; a su vida, ejemplo y doctrina. En la vida humana del Verbo de Dios encontramos señalada la ruta que hay que seguir. El es la luz del mundo: “Lo primero traiga un ordinario apetito de imitar a Cristo en todas sus cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como si hubiera él”

El seguimiento de Jesús se resume en “hacerse semejante a El en vida, condiciones y virtudes y en la forma de la desnudez y pureza de espíritu”.²⁰ Esto no se puede realizar si no se asume la cruz al estilo de Cristo que la llevó en las circunstancias de su vida terrena. Se requiere un acercamiento a la persona y a la vida de Jesús tal como nos la presentan los evangelios.²¹ Hay en este seguimiento de Jesús una fuerza liberadora que nos lleva a relativizar todo lo que no es El.²² La cruz tiene un sentido y un dinamismo liberadores. El amor es la actitud necesaria para salir de todo y para asumir el sufrimiento y las renunciaciones en el seguimiento radical de Jesús para no tropezar y errar:²³ “Bástele Cristo crucificado, y con él pene y descanse, y por esto aniquilarse en todas las cosas exteriores e interiores”.²⁴

Estas grandes líneas de la doctrina sanjuanista colocan a los creyentes frente a lo esencial de una vida cristiana comprometida en el hoy y aquí. Hace ver que en el camino de la unión con Dios el único camino es Cristo²⁵ y que lo que cuenta en su seguimiento no son los gustos y sentimientos espirituales, “sino una viva muerte de cruz, sensitiva y espiritual, esto es, interior y exterior”.²⁶ Cristo, con frecuencia poco conocido de los que se tienen por sus amigos,²⁷ es la Palabra que hay que escuchar, el Maestro que nos enseña con su ejemplo, el compañero que no nos deja solos, el Amado con el que hay

19 Cf. 2S 22, 5

20 D Prólogo

21 Cf. IN Prólogo

22 Cf. D 156

23 Cf. D Prólogo

24 D 91

25 Cf. 2S c. 22.

26 2S 7,11

27 Cf. 2S 7,12

que estar en comunión, el Salvador y hermano que nos transforma en hijos de Dios y nos hermana.

Seguir la doctrina del santo y renovar su experiencia cristocéntrica es, sin duda, una ayuda de primer orden para proclamar "la buena noticia de la persona de Jesucristo a los hombres de América Latina, llamados a ser hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio, para sostener su esfuerzo y alentar su esperanza".²⁸

Las enseñanzas de San Juan de la Cruz sobre la acción del Espíritu en la vida de los cristianos y de la comunidad eclesial se revela igualmente iluminadora desde una lectura latinoamericana. Si bien es verdad que "no pretende darnos una 'historia salutis' del Espíritu (y) sólo le preocupan algunos rasgos de éste en relación con el proceso espiritual",²⁹ éstos son suficientes.

El primer rasgo que hay que destacar es el de la insistencia del santo en el cuidado del Espíritu que guía y lleva a cada persona por el sendero que quiere hasta que logre su madurez cristiana.³⁰ El Espíritu es un Espíritu de amor que ilumina y diviniza la vida del creyente. El ayuda a comprender la Palabra de Dios en la Escritura y en la vida.³¹ Por eso hay que estar abiertos a la obra del Espíritu que conduce a través de las purificaciones, a la igualdad de amor con Dios para poder amar y comprometerse en el trabajo del Reino.³² El Espíritu Santo en nosotros y en la comunidad es siempre Espíritu de Cristo, tendiente siempre a encarnar la fe y el amor al modo de Cristo".³³

El Espíritu es quien purifica y despega de todo lo que no es Dios al hacer comprender que los bienes de este mundo son nada y que el Señor es el único Absoluto. Esto capacita para la entrega a Dios y al bien de los demás.

La espiritualidad latinoamericana encuentra en esta doctrina del doctor Místico una orientación para comprender los alcances de la vida "en el Espíritu" y para dejarse guiar por El en el trabajo por la construcción del Reino. También para crecer en la certeza de que sólo por medio de una madu-

28 Puebla, 197

29 S. CASTRO, «Hacia Dios con S. Juan de la Cruz» (Madrid, 1986) p. 111.

30 Cf. L 3,46; C 26,3

31 Cf. 2S 19,10; 20,3

32 Cf. 29, 2

33 S. GALILEA, o.c.,p.73

ración teologal, fruto de la iniciativa del Espíritu, es posible transformarse en hombres del Espíritu y discernir, bajo su acción, los signos de los tiempos. El es quien “impulsa al Pueblo de Dios en la historia.....a descubrir en los más profundos anhelos y problemas de los seres humanos el plan de Dios sobre la vocación del hombre en la construcción de la sociedad, para hacerla más humana, justa y fraterna.”³⁴

2. La contemplación “noticia sencilla amorosa” totalizante

La espiritualidad latinoamericana ha tenido la experiencia creciente de la importancia y de la necesidad de la oración como fuente de un amor gratuito que va hasta la raíz de nosotros mismos y hace brotar desde allí el amor sin interés y sin condiciones que purifica el egoísmo:

*“La oración es una experiencia de gratuidad. Ese acto ‘ocioso’, ese tiempo ‘desperdiciado’ nos recuerda que el Señor está más allá de las categorías de lo útil y lo inútil. Dios no es de este mundo. La gratuidad de su don, creadora de necesidades profundas, nos libera de toda alienación religiosa y en última instancia, de toda alienación”.*³⁵

La experiencia concreta del trabajo evangelizador ha hecho que se redescubra la importancia de los “tiempos fuertes” de oración para tomar distancia de los acontecimientos y aprender a centrarse en Dios. En el trabajo evangelizador se ponen a prueba la fe, la esperanza y el amor cristiano. La oración asume estas dimensiones teologales. La oración se vive como expresión de fe; como ejercicio de un amor generoso y que compromete en una esperanza activa.

La oración se ha transformado en algo inseparable del seguimiento de Jesús. En ella lo seguimos en su actitud de apertura al Padre y de disponibilidad para aceptar sus caminos. En la oración tomamos parte en la experiencia de Jesús y ésta se convierte en una invitación al encuentro con el Padre y a la entrega a los hermanos.³⁶

Se ha crecido en la convicción de que sólo una mirada contemplativa de la realidad es la que puede ayudar a ir logrando la relación adecuada entre acción y oración; entre ésta y la liberación. En la tradición cristiana se ha buscado siempre una síntesis existencial entre ambos aspectos a través de la

34 Puebla 1128

35 G. GUTIERREZ, «Teología de la Liberación», (Salamanca, 1973) p.270.

36 Cf. Puebla, 726.

vivencia de la contemplación bíblica, que es una contemplación histórica y de compromiso. Diversa de la contemplación de la filosofía griega que separa de la vida y es de carácter individualista.

La experiencia latinoamericana de vida cristiana comprometida "a nivel personal y en muchos casos, incluso, a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más desposeídos y humillados".³⁷ está haciendo una realidad la síntesis integradora entre acción y contemplación. Se intenta que la oración llegue a convertirse en actitud de vida.³⁸ La oración se transforma en "motivo de la vida diaria y del trabajo; crea (en el cristiano) actitud de alabanza y agradecimiento al Señor, le aumenta la fe, lo conforta en la esperanza activa, lo conduce a entregarse a los hermanos y a ser fiel en la tarea apostólica, lo capacita para formar comunidad".³⁹ De este modo se va comprendiendo que la contemplación se vive en la historia y haciendo la historia de salvación con y desde una actitud teologal.

Este redescubrimiento de la contemplación cristiana en la vida eclesial latinoamericana está en la línea de los grandes místicos que nunca redujeron la contemplación al ámbito intelectual sino que la orientaron evangélicamente al servicio del prójimo.

San Juan de la Cruz es, por su experiencia y por su doctrina, *maestro de oración* universalmente reconocido. El enmarca la vida cristiana en dos etapas oracionales: la de los principiantes, que es la de la meditación, y la de la contemplación. El santo se centra principalmente en esta última y describe los diversos momentos de su evolución. Desde la espiritualidad latinoamericana emergente lo más profundamente iluminador de la doctrina sanjuanista estriba en el hecho de que él liga íntimamente la contemplación a la vida teologal. La misma etapa mediatativa ayuda a vivir la dimensión teologal en cuanto que se centra en el seguimiento y en la imitación de Cristo.⁴⁰ El paso de la contemplación a la vida teologal no es otra cosa que un ejercicio de fe, esperanza y amor. Las dos veces que el santo indica las señales de ese tránsito de una etapa a la otra⁴¹ habla, en el fondo, del aspecto teologal en la

37 Ib.327

38 Cf. ib.727

39 Cf. ib. 932

40 Cf. 1S 13,3

41 Cf. 1N cc. 9-10; 2S c.13

evolución de la vida oracional. No poder meditar conduce a un ejercicio de fe oscura. No encontrar gusto en las cosas de Dios, ni tampoco en las temporales centra en una esperanza activa. Expresión de amor es el vivir en una actitud no discursiva, de simple atención amorosa y de búsqueda fiel de Dios y de su servicio.

El culmen de la vida teologal está para San Juan de la Cruz en la contemplación. Esta asume toda la existencia del cristiano y se convierte en una "noticia sencilla amorosa" totalizante: "porque así como lo es en el entendimiento comunicándose a él oscuramente, así también lo es la voluntad, comunicándola saber y amor confusamente, sin que sepa distintamente lo que ama", ⁴² y "así entonces el alma también se ha de andar sólo con advertencia amorosa a Dios... para que así se junten noticia con noticia y amor con amor". ⁴³

Esta contemplación teologal simplifica toda la vida de oración y el contacto con la Palabra de Dios; "La novedad de esta noticia no está en las informaciones, sino en el nuevo sentido y cercanía que asume la presencia de Dios por fe y amor. Primordialmente, en su misma persona, en la persona de Jesucristo. De esa misma luminosidad cálida se revisten todos y cada uno de los misterios, las personas, la naturaleza. Todas las realidades divinas y humanas adquieren nuevo ser y dinamismo, nuevo sentido y atracción, sin necesidad de ser pensadas y queridas cada una en su particularidad". ⁴⁴

Desde esta contemplación todo lleva a la comunión con Dios porque se le descubre en toda la realidad humana: "porque así como en el estado de la inocencia a nuestros primeros padres todo cuanto veían y hablaban y comían en el paraíso les servía para mayor sabor de contemplación, por tener ellos bien sujeta y ordenada la parte sensitiva de la razón, así el que tiene el sentido purgado y sujeto al espíritu de todas las cosas sensibles, desde el primer movimiento saca deleite de sabrosa advertencia y contemplación de Dios". ⁴⁵

No cabe duda que estas enseñanzas de San Juan de la Cruz trazan un ideal que encaja en el contexto espiritual de quienes tienen que enfrentar los desafíos de una evangelización liberadora en la que se ponen en juego las tres

42 2S 14,12

43 L 3,33-34

44 F. RUIZ, «Místico y Maestro San Juan de la Cruz» (Madrid, 1986) 215-216

45 3S 26,5

actitudes teologales: la fe, la esperanza y el amor, y en la que se hace necesaria y urgente una oración en conexión con la existencia concreta que supere los dualismos ajenos a la espiritualidad bíblica: “fe y vida, oración y acción, compromisos y tareas diarias, contemplación y lucha, creación y salvación”⁴⁶.

La doctrina de San Juan de la Cruz ayuda a que se vaya haciendo una realidad en la vida de los cristianos la meta señalada por el Decreto *Apostolicam actuositatem* cuando, hablando de la fe y de la meditación de la Palabra de Dios, afirmaba que ellas conducían a descubrir en todo a Dios; a buscar su voluntad en los acontecimientos; a contemplar a Cristo en todas las personas y a valorar la realidad en sí misma y en su relación con lo definitivo⁴⁷.

En su esfuerzo por crecer en la dimensión contemplativa, los cristianos comprometidos en América Latina deben volver sus ojos a San Juan de la Cruz para comprender teórica y prácticamente que “la contemplación cristiana da sentido a la vida y a la historia aun en los fracasos, e impulsa a aceptar la cruz como camino de liberación”.⁴⁸

La oración como actitud teologal contemplativa es la que puede crear la síntesis vital entre el amor a Dios y al prójimo; entre el “creer en el nombre de su Hijo Jesucristo, y el amarnos unos a otros conforme al mandamiento que nos dió” (1 Jn 3,23). San Juan de la Cruz es en este proceso el mistagogo por excelencia que nos testimonia y hace comprender la fuerza liberadora e integradora de la auténtica contemplación cristiana.

3. La grandeza y dignidad del ser humano

Una de las experiencias espirituales más fuertes hoy en América Latina es la de la toma de conciencia de la grandeza y de la dignidad del ser humano. Esta experiencia ha tenido su origen en la costatación de la realidad de inhumana pobreza en la que viven las mayorías del continente. En ella la Iglesia ha descubierto “una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos”.⁴⁹ Esto constituye un escándalo y una contradicción con el ser cristiano. En esos seres humanos en

46 4. IV ENCUENTRO ECUMENICO DE TEOLOGOS DEL TERCER MUNDO, n.56

47 Cf. «Apostolicam» actuositatem, 4

48 IV ENCUENTRO ECUMENICO... n.64

49 Puebla 28

los que la imagen de Dios se halla “ensombrecida y escarnecida”⁵⁰ la fe hace “reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela”.⁵¹

Una verbalización de este proceso de la espiritualidad latinoamericana que viene a constituir una forma de experiencia antropológica de Dios, la encontramos en el capítulo del *Documento de Puebla* que trata de *la verdad sobre el hombre: la dignidad humana*.⁵² Sus principales ideas, que expresan la visión cristiana del hombre -experiencia y reflexión al mismo tiempo- se fundamenta en el misterio de Cristo, Verbo encarnado para restaurar desde dentro la dignidad humana. Se afirma en ese capítulo, entre otras cosas, que “todo hombre y toda mujer, por más insignificantes que parezcan, tienen en sí una nobleza inviolable que ellos mismos y los demás deben respetar y hacer respetar sin condiciones”.⁵³ Esta proclamación de la dignidad del ser humano se inserta dentro de la tradición eclesial profética de América Latina, que encuentra una expresión en aquella famosa frase de Fr. Bartolomé de las Casas: “del más chiquito y del más olvidado tiene Dios la memoria muy reciente y viva”.⁵⁴

La conciencia de la dignidad humana lleva a condenar todo menosprecio o atropello de las personas y de sus derechos pero sobre todo, desde la luz de Cristo, se tiene conciencia de que “el imperativo original de esta hora de Dios en nuestro continente” puede ser: “una audaz profesión cristiana y una eficaz promoción de la dignidad humana y de sus fundamentos divinos, precisamente entre quienes más lo necesitan, ya sea porque la desprecian, ya sobre todo porque, sufriendo ese desprecio, buscan -acaso a tientas- la libertad de los hijos de Dios y el advenimiento del hombre nuevo en Jesucristo”.⁵⁵

Puebla presenta la realización de la dignidad humana en el desarrollo de una auténtica libertad que permita dominar el mundo y compartirlo y una relación con Dios como hijos responsables y con los demás como verdaderos hermanos.⁵⁶ Es el pecado el que se opone a ese proyecto de Dios y lo destruye.

50 Ib. 1142

51 Ib.31

52 Ib. nn. 304-339

53 Ib. 316

54 Citado en: G. GUTIERREZ, «Dios o el oro en las indias» (Salamanca, 1989) p. 155.

55 Puebla, 320

56 Cf. ib. 322

Por Jesucristo el ser humano es renovado. El restaura la dignidad original de los hombres. En Cristo llegamos a ser hijos de Dios, sus hermanos y partícipes de su destino. Descubrimos, al mismo tiempo, la imagen del “hombre nuevo” con la que fuimos configurados por el bautismo.⁵⁷

La doctrina sanjuanista sobre la grandeza y dignidad del hombre creado por Dios y redimido por su Hijo Jesús completa y ayuda a profundizar en todas las dimensiones insospechadas que se abren para quienes han sido creados a imagen y semejanza de Dios. San Juan de la Cruz recuerda la grandeza del hombre que puede conocer y amar a Dios en forma consciente. Esto lo lleva a afirmar que “un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto sólo Dios es digno de él”,⁵⁸ y, en otro lugar: “todo el mundo no es digno de un pensamiento del hombre, porque a sólo Dios se debe”.⁵⁹

Junto con esta firme proclamación de la dignidad del ser humano, el Doctor Místico describe el itinerario del hombre hacia Dios en el que se va renovando y transformando hasta llegar a ser “nuevo hombre”.⁶⁰ Es un camino lento y doloroso en el que se van desplegando todas las posibilidades que Dios ha regalado al ser humano y que revelan su grandeza y dignidad. Aunque lleno de limitaciones y fallas desde su nacimiento, el hombre es levantado por la misma mano de Dios que lo creó.⁶¹ Para ello lo van guiando a que se libere de todo lo que pueda esclavizar y degradar; a que “arroje todos los dioses ajenos”; a que supere las ataduras egoístas que lo centran en sí mismo. De este modo se hace capaz de una comunión con Dios que necesariamente lo relaciona de modo diferente con los demás y con las cosas.⁶²

El ser humano transformado ve su dignidad engrandecida y puede exclamar que, por don de Dios, todo le pertenece: los cielos, la tierra, las gentes, la Madre de Dios, todas las cosas y el mismo Dios “porque Cristo es mío y todo para mí”.⁶³

Contemplando desde lo alto de la cumbre del monte, donde ya no hay camino “porque para el justo no hay ley”, la realidad del mundo, de la historia

57 Cf. ib.330-333

58 D 34

59 D 115

60 Cf. C 26,17

61 Cf. «Oración del alma enamorada»

62 Cf. IS 5,7; L 2,33

63 «Oración del alma enamorada»

y la propia persona, San Juan de la Cruz quiere llamar la atención de todas las personas; quiere colocarlas desde esa perspectiva de plenitud para que sepan relativizar las cosas y asumir el plan de Dios en relación con ellas, con los demás y con el mismo Dios:

*"¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¡qué hacéis, en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo, en tanto que buscáis grandezas y gloria, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!"*⁶⁴

La espiritualidad latinoamericana que, a la luz de la fe, la esperanza y el amor, ha ido tomando conciencia del valor y de la grandeza del ser humano y de la exigencia evangélica de respetar y promover su dignidad, encuentra en estas enseñanzas sanjuanistas una riqueza que orienta la praxis y da pistas para una reflexión profunda y coherente.

San Juan de la Cruz ayuda a ir más allá de una simple promoción humana en el compromiso con el hermano. Despliega un horizonte más amplio porque va a las raíces de la grandeza del hombre, hecho a imagen de Dios y llamado por El a una transformación y divinización de su ser. Esto permite transformar en experiencia espiritual y comprometedora lo que podría quedarse en simple compasión humana: la constatación de la miseria y opresión de millones de hermanos aplastados en su dignidad y en sus derechos más elementales.

Igualmente la experiencia y reflexión del Doctor Místico iluminan la búsqueda de alternativas sociales más humanas y basadas en el valor fundamental de la persona, y menos centradas en la sed insaciable del poder, del saber y del tener.

4. Una esperanza dinámica, liberadora y proyectada hacia la plenitud

La esperanza cristiana, revalorizada a partir de la perspectiva bíblica, que le presenta hecha de fe, paciencia perseverante y acción, ha vuelto a ocupar un papel dinamizador en la espiritualidad cristiana.

En América Latina los procesos de evangelización liberadora han ido abriendo espacios para una experiencia fuerte del sentido y de los alcances de la esperanza cristiana. Su dimensión histórica, puesta de relieve por el Vaticano II,⁶⁵ ha influido decisivamente en la importancia que ha ido adquiriendo su vivencia y la reflexión sobre ella en la espiritualidad latinoamericana.

La maduración de la esperanza en los cristianos sensibles a las exigencias sociales se ha realizado en medio y a través de las dificultades, las contradicciones, los fracasos del compromiso con una evangelización liberadora. Tres aspectos se han ido clarificando en la convicción de los creyentes a propósito de la esperanza: su fuerza comprometedora en los procesos históricos vistos desde el plan de Dios; su función purificadora en relación a lo positivo y a lo negativo de un pasado, tanto en el plano social como eclesial; su proyección a su futuro de plenitud que se va construyendo y haciendo presente en las realidades de hoy.

A partir del evangelio, la esperanza cristiana en América Latina lleva a un compromiso concreto por transformar la realidad de injusticia y opresión en la que viven los pueblos: "La Iglesia en América Latina ha tratado de ayudar al hombre a 'pasar de situaciones menos humanas a más humanas' (PP 20). Se ha esforzado por llamar a una continua conversión individual y social. Pide a todos los cristianos que colaboren en el cambio de las estructuras injustas; comuniquen valores cristianos a la cultura global en que viven y, conscientes de los adelantos obtenidos, cobren ánimo para seguir contribuyendo a perfeccionarlos".⁶⁶

El compromiso eclesial en una esperanza activa encarnada en la historia se vive en la experiencia de la pobreza y de la limitación en los procesos de evangelización liberadora. Crece y se desarrolla en medio de las dificultades sociales y eclesiales. Es una esperanza que trabaja por anticipar el Reino en medio de las desilusiones y de la convicción de que los logros serán siempre imperfectos.

En la espiritualidad latinoamericana emergente la esperanza está ayudando a purificar el pasado. Libera de las seguridades y de las amarguras de un pasado eclesial, social y de vida religiosa. Los aspectos negativos de la primera

65 Gf. «Gaudium et Spes», 39.43

66 Puebla 16.

evangelización son vistos en su contexto histórico y humano, y los aciertos no conducen a triunfalismos fáciles, sobre todo ante la celebración de los 500 años de la implantación del cristianismo en nuestro continente. En cuanto al pasado social, se trata de superar el fatalismo que los justificaba, incluso desde la fe, y se procura mejorarlo aprendiendo las lecciones de la historia. El pasado de la vida religiosa se sitúa en su época que, como toda otra, condiciona con su cosmovisión, cultura y teología. Se consideran los desafíos que los religiosos tuvieron que enfrentar y la respuesta que dieron a ellos con entrega y generosidad incansables; con creatividad y esfuerzos de adaptación y promoción; con luces y sombras. De aquí se parte para ir encarando los desafíos actuales de la nueva evangelización para tratar de dar una respuesta profética acorde con los signos de los tiempos, la cosmovisión, culturas y eclesiologías de hoy.

Finalmente, en la búsqueda de un futuro intermedio que vaya más de acuerdo con el proyecto de Dios, la esperanza cristiana en la experiencia de América Latina, no deja de tener conciencia de que la plenitud está reservada a un futuro, don de Dios, más allá del horizonte de este mundo. Eso la lleva a descubrir las semillas de resurrección que están ya germinando. Por otro lado, la visión de un futuro de plenitud de fuerza para enfrentar la contradicción, la persecución e incluso el martirio. Esto va en la línea de la escatología que presenta el concilio Vaticano II.⁶⁷

La esperanza en la experiencia y reflexión de San Juan de la Cruz presenta aspectos que encajan en los enfoques vitales que la misma está teniendo en América Latina y que acabamos de describir.

Sin detenernos a considerar algunos puntos originales y discutibles en la presentación sanjuanista de la esperanza -como el de relacionarla con la memoria y el hablar de memoria de futuro- queremos señalar tres perspectivas iluminadoras para la vida cristiana latinoamericana. El Santo de fontiveros presenta la esperanza con un dinamismo en el presente; como algo que libera del pasado y proyecta hacia el futuro.

La esperanza de San Juan de la Cruz tiene como punto de partida la certeza de que Dios nos ha dado la vida divina como don inicial proyectado a la plenitud: "No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único

67 Cf. «Gaudium et Spes», 39.43

Hijo, en que me diste todo lo que quiero. Por eso me holgaré que no te tardarás si yo espero”.⁶⁸ Esta dimensión de presente de la esperanza ayuda a superar todas las circunstancias adversas, materiales y espirituales.⁶⁹ Más todavía, la esperanza crece en las dificultades y en las situaciones límite que la purifican: “tal es la obra que en ella hace esta noche encubridora de las esperanzas de la luz del día”.⁷⁰ Se le hace todo angosto y padece sin consuelo de cierta esperanza de alguna luz y bien espiritual.⁷¹ De aquí brota una actitud de desprendimiento que permite gozar en todas las cosas “no teniendo gozo apropiado a ellas, como si las tuviese todas”.⁷² La esperanza capacita para preservar en medio de las pruebas viéndolas desde la fe: “Ya sabe, hija, los trabajos que ahora se padecen. Dios lo permite para prueba de sus escogidos. En silencio y esperanza será nuestra fortaleza”.⁷³

San Juan de la Cruz habla también con insistencia de la fuerza liberadora de la esperanza en relación al pasado. La memoria recuerda y actualiza ese pasado: en sus aspectos positivos para gozarse en ellos nuevamente; en los negativos para renovar reacciones de tristeza y aflicción. En ambos casos se crean ataduras que impiden caminar y abrirse a Dios.⁷⁴

Si bien el santo reconoce que no es posible vivir sin el uso de la memoria, porque el hombre no ha de dejar “de pensar y acordarse de lo que debe hacer y saber”, pero debe hacerlo sin actitud de posesión.⁷⁵ De este modo la esperanza purifica la memoria y comunica la paz.

La dimensión del futuro de la esperanza ocupa también un lugar importante en los escritos de San Juan de la Cruz. En ellos aparece viviéndose en la historia y nutriéndose de ella pero tendiendo a un futuro de plenitud que se va abriendo paso y anticipando gradualmente en los mismos procesos de purificación.⁷⁶ En ese camino hacia lo definitivo se tiene que pasar por el riesgo y el desconcierto de lo desconocido. Nada satisface plenamente en ese

68 «Oración del alma enamorada»

69 Cf. 3S 6,3

70 2N 9,8

71 Cf. Ib. 11,6

72 3S 20,3

73 Ep n. 28: Carta a la M. Ana de S. Alberto, 1591

74 Cf. 3S 4,2

75 3S 15,1

76 Cf. L 2,27

recorrido y eso mantiene al cristiano en una tensión hacia el futuro: "porque como fuera de El (Dios) nada ama, en nada descansa ni recibe alivio".⁷⁷

Creemos que una relectura de la doctrina sanjuanista sobre la esperanza desde la realidad social y eclesial de América Latina es sumamente orientadora y actual. Ayuda, sin duda, a crear la actitud espiritual más importante en momentos de conflicto, tensión, sufrimiento y aparente fracaso. Impulsa a vivir una esperanza con dinamismo en el presente; con fuerza liberadora que comunica madurez humana y espiritual en relación con el pasado próximo o lejano, y recuerda que lo que ha sucedido y sucede no es otra cosa sino la forma de ir avanzando hacia un futuro de plenitud.

Testigo de Dios y de sus caminos en la historia y en la vida de los hombres, San Juan de la Cruz, como los grandes místicos, conserva en su experiencia y en su doctrina valores permanentes. Debajo de la capa de un lenguaje, una teología y unos enfoques propios de la cultura de su tiempo, late la perenne novedad del encuentro de Dios con la humanidad y la riqueza evangélica que nunca pierde actualidad.

La espiritualidad latinoamericana ha dado un gran paso al redescubrir la importancia de conectar su experiencia con la gran tradición de la Iglesia. La savia vital que circula por los creyentes que se esfuerzan por responder al Señor hoy en América Latina es la misma que nutrió la gran nube de testigos que nos precedieron en los caminos del mundo (cf. Hbr 12,1).

San Juan de la Cruz es uno de esos grandes testigos de la fe que sigue marcando el itinerario del hombre hacia Dios. El Doctor Místico "continúa siendo la figura central en las Facultades y estudios serios de espiritualidad contemporánea, porque la riqueza de su espíritu no es sólo patrimonio del pasado, sino también del presente y garantía de nuestro futuro".⁷⁸

[Extractado de la revista "Vida Espiritual" Bogotá, 107 (marzo, 1992) 5-26]

77 C 1,14; cf. 6,2

78 S. GALILEA, o.c., p. 88